LUIS CALATAYUD BUADES

COMO EL AGUA DEL RIO

COMEDIETA ORIGINAL EN UN ACTO

Estrenada en el Salón Iliturgitano (Andújar)
en la noche del 30 de Abril del año 1926
por la Compañía Perlá y Alegre



SEVILLA
Imprenta de S. PERALTO, Salmerón, 5
1927

15

LUIS CALATAYUD BUADES

COMO EL AGUA DEL RIO

COMEDIETA ORIGINAL EN UN ACTO

Estrenada en el Salón Iliturgitano (Andújar)
en la noche del 30 de Abril del año 1926
por la Compañía Perlá y Alegre



SEVILLA
Imprenta de S. PERALTO, Salmerón, 5
1927

REPARTO

DOÑA ROSARIO.	MATILDE CORONA
REMEDIOS	MERCEDES A. MUÑIZ
AURORITA (Casi una niña). .	BENITA DELGADO
MANOLO.	LUIS ORTEGA
PEPE (Mas joven)	ANTONIO PERLÁ

Derecha e izquierda del espectador.

ACTO UNICO

Fachada de una casita de campo.—Cancela al fondo con tragaluz en arco de cristales.—Unas enredaderas ponen verdor en los muros.—En el lateral derecha un encañado que da paso al huerto.—Lateral izquierda libre con pilastra de entrada a la finca.—Al levantarse el telón REMEDIOS arregla algunas flores cogidas de antemano.—DOÑA ROSARIO trabaja en la costura.—AURORITA dispuesta para salir de paseo.

ESCENA I

DOÑA ROSARIO, REMEDIOS Y AURORITA

AUR.—*(A voces)*. !Voy, papá! ¡Ya voy! Espera un poco... ¡Jesús que impaciencia! *(A Remedios)*. Y tú, ¿Cuándo me vas a dar esas rosas? Papá está desesperado. Se vá.

REM.—Dile que espere.

AUR.—¿No oyes que se lo estoy diciendo a voces? Es que no he visto papá mas tonto. No se puede pensar en salir con él a ninguna parte: como diga vámonos, ya puede una echarse a andar porque no hay quien lo detenga.

D.ª ROS.—¿Y vosotras, que no sabeis cuando acabar? Todo se os ocurre a última hora. Habeis tenido toda la tarde para hacer esos ramos.

REM.—Y quién piensa que fueran a salir y menos que se les ocurriera llevar flores a nadie. ¡Y con estas prisas!

AUR.—No te enfades, que bien se las merece tiita Nieves. Si viérais qué contenta se pone cuando me vé llegar con algunas rosas para ella! ¡Cómo le gustan! No podeis figuraros. Las mima, las besa, no se cansa de olerlas alabando su perfume; luego las va distribuyendo en los floreros, y las coloca en los vasares, en las repisas, sobre la mesa del comedor; rosas por todas partes como para estar viéndolas siempre.

D.ª Ros.—Bien se vé que no tiene en que entretenerse. Si le hubiera dado Dios muchos hijos ya veríais como no le interesaban tanto las flores.

AUR.—Y a todo esto, papá...? Si ya no le veo. *(A Remedios).* No te canses, hermana. No elijas mas.

REM.—Pues toma: llévalas todas. *(Le da un brazado de flores).*

AUR.—Adiós. Hasta luego.

D.ª Ros.—Que no tardeis mucho. ¿Oyes?

ESCENA II

DOÑA ROSARIO Y REMEDIOS

REM.—¡Mira que están hermosos los rosales. ¿No has visto, mamá? Fíjate qué rosa mas linda. Huele que dá gloria.

D.ª Ros.—Déjame a mí en paz: no estoy para flores.

REM.—Ay, mamá: te pones insoportable con ese humor.

D.ª Ros.—Es que es mucho hija mía, toda la santa tarde con el jardín. Desde que hemos llegado a la finca yo sola soy quien lleva el gobierno de la casa. Vosotras no me ayudais en nada: tú, con el huerto tienes bastante y tu hermanita de paseo con papá o con tiita

a todas horas. Me lo explico en ella que al fin y al cabo es una niña, pero en tí no tiene justificación.

Por supuesto, que en esto como en todo, ya sé yo a qué atenerme.

Rem.—¿Vas a empezar otra vez?

D.ª Ros.—Lo que voy es a acabarlo todo. Desde mañana yo te aseguro que va a ser otra cosa bien distinta. ¡Qué hijas! En mi tiempo éramos las muchachas de otra manera.

Rem.—Sí, sí. Todo era entonces de otra manera.

D.ª Ros.—Pero estábamos mas en los quehaceres de la casa, nos dábamos a respetar y no perdíamos el tiempo en noviazgos estúpidos como el tuyo. ¡Qué martirio, Dios Santo! ¿Por qué no se le ocurriría a tu padre levantar la casa a cien leguas del pueblo? Algo mas descuidada estaría yo y todos mas tranquilos.

Rem.—No sé por qué dices eso.

D.ª Ros.—Porque me canso de verte yendo de aquí para allá, a la espera de quien viene y no acaba de llegar.

Rem.—No, si no vendrá esta tarde tampoco.

D.ª Ros.—¿Es que habeis regañado otra vez?

Rem.—Si lo sabes, para qué me lo preguntas? *(Va al término izquierda).*

D.ª Ros.—Me lo figuré. No hay mas que verte a tí para suponerlo. Menester es que vayais teniendo mas formalidad.

Rem.—Allí viene alguien. Me parece que es Pepe Lorca.

D.ª Ros.—Y vamos ya por la cuarta visita. Menos mal que esta es de confianza. Esto de las visitas es para mí la peor de las plagas del campo.

Rem.—Del campo de los alrededores del pueblo dirás, y en día de nublado como hoy.

D.ª Ros.—De los alrededores y de mas allá de ellos. Acuérdate del verano que pasamos en Los Retamares. No había día que no tuvieras también algún visitante. Sólo que allí, como estaba mas lejos, venían en auto, aunque mas eran los que se iban en el nuestro; porque al auto, como a la finca de recreo, parece que tienen también derecho los íntimos del propietario, los confiados que no vacilan en pedirlo para cualquier caso imprevisto. Del mismo modo habrás oído decir muchas veces a cualquiera de nuestras amigas: ¡Qué felicidad, vivir en el campo! Al año que viene tengo que venir a pasarme una temporadita con vosotras. Y que vas a hacer sino ofrecerles la casa incondicionalmente y asegurarles un serio disgusto si no cumplen su palabra?

Rem.—Qué exagerada eres, mamá. Todo lo ves por el lado terrible.

D.ª Ros.—¡Terrible! Como muchas veces es la realidad. Como quisiera yo que tu pensaras un poco. No con esa despreocupación, que de todo te dá lo mismo y que te ha de ocasionar muchos disgustos.

Rem.—Pues yo antes que estar siempre en guardia de cuanto me rodea preferiría vivir a cien leguas del mundo.

D.ª Ros.—Para eso, monja Carmelita.

Rem.—No. Porque pienso si allí estará el mundo, también.

ESCENA III

DICHOS Y PEPE

PEP.—*(Entrando por la izquierda y algo inquieto durante toda la representación).* Buenas tardes. *(Saludando).* ¡Doña Rosario, Remedios!

REM.—¡Hola! Cuánto tiempo sin verte por aquí.

PEP.—Estoy ahora muy atareado.

REM.—¿Es que has buscado novia?

PEP.—La buscaré, la buscaré.

REM.—¿Para cuando lo vas a dejar?

PEP.—Para cuando encuentre una muchacha tan guapa y tan buena como tú, pero sin compromiso.

D.ª ROS.—¡Qué lástima!

PEP.—Dije, que además de ser como ella, precisa que no la quiera nadie.

D.ª ROS.—Eso es difícil.

PEP.—Ya ustedes me entienden.

REM.—Descuida, que no me lo voy a creer.

PEP.—En cambio tu novio es de los que se lo tienen creido.

REM.—Muy mal le quieres. Pero siéntate, hombre, que me fatiga el verte en pie tanto tiempo.

D.ª ROS.—Sí, siéntate. Yo no te lo dije antes porque tu eres de confianza.

PEP.—No, gracias. Ya saben ustedes que yo no me siento nunca.

D.ª ROS.—Pues, te sientes o no, yo voy a dar una ojeada por allá dentro. Con tu permiso.

PEP.—Sí, señora. No faltaría mas.

ESCENA IV

Remedios y Pepe

Rem.—Escucha Pepe: vas a decirme. ¿Has visto a Manolo?

Pep.—Eso mismo te preguntaría yo a tí si no creyeras que me interesa gran cosa el conocer lo sucedido entre vosotros.

Rem.—¿Para qué quieres saberlo? Tú ya conoces su caracter: lo de siempre... Sus cosas.

Pep.—Sí. No me digas. Le pasa en esto como en todo. Es una mala cabeza. Se metió a estudiar y lo dejó en lo mejor. Menos mal, porque si llega a terminar la carrera diezma al pueblo con sus recetas. Pues, ¿y en los negocios? De dos que yo sé, el uno lo dejó entrampado y el otro gracias que falló a tiempo, si no quién sabe como hubiera salido de él. Y claro, como no hay cosa en que acierte, ni aun en el juego, había de tener fortuna en amores. Me ha dicho que habeis terminado para siempre. ¿Es verdad?

Rem.—No sé si hemos terminado o no. Regañamos. Pretextó un viaje para no darme explicaciones. En esto nos vinimos al campo y hasta ahora.

Pep.—Pues él no ha debido sentirlo mucho, porque bien se divierte. Hasta la madrugada ha estado esta noche en el Rebalso con los amigos, de baile y guitarreo.

Rem.—Ah, pero está aquí?

Pep.—Como yo.

Rem.—¿Y tu le has visto?

PEP.—Claro que le ví; como que también fuí yo de los que estuvieron allá abajo en la huerta.

REM.—Sería milagro. Como que todos sois unos grandísimos sinvergüenzas. Oye: ¿Y nada te dijo de mí?

PEP.—Sí, me dijo. Pero ello es mas para que te lo diga él mismo, muy bajito y a solas. Ahora mismo si tu quieres, porque no anda muy lejos.

REM.—Sí, eh..? ¡Ay, tengo una sed..! Dispensa un momento. *(Sale por el fondo).*

PEP.—Sí, mujer y tranquilízate que todo pasará.

(Al salir Remedios se acerca Pepe al término izquierda haciendo expresivas señas para que Manolo se acerque).

ESCENA V

PEPE, MANOLO Y DESPUÉS REMEDIOS

MAN.—Estás solo?

PEP.—Estaba conmigo Remedios, pero entró un momento en la casa. No tardará en salir. Por cierto que estábamos hablando mal de tí.

MAN.—No me extraña. Sobre todo ella no creo que me estuviera haciendo el panegírico.

PEP.—No. Era yo el que mas hablaba en contra tuya; porque te lo mereces y porque así llegué a conseguir de la mejor manera, que se enterase de que querías hablarle. ¿Comprendes?

MAN.—No acabo de comprender pero, en fin, agradecido.

PEP.—A mí, en cambio, se me ha dado mal la tarde.

MAN.—No está aquí la dama de tus pensamientos, ¿eh?

PEP.—Ciertamente. No está. Ahora que yo la espe-

ro; vaya si la espero. Y lo que es esta tarde no se me escapa sin hacerle una declaración en toda regla. Estoy decidido.

MAN.—Lo mismo que el otro día y que el año pasado.

PEP.—No lo creas. Ahora hablo en serio. Esta tarde le pido relaciones. Ya es insostenible esta situación. Lo saben todos: su hermana que me tolera aquí muchas tardes; doña Rosario, que como muy cosa suya, deja soltar de vez en cuando en la conversación alguna que otra indirecta alusiva y ¡pásmate! hasta el padre me dijo el otro día que si no me habían suspendido este año de ninguna asignatura.

MAN.—¿Por qué?

PEP.—Eso pregunté yo también; que por qué me decía aquello y ¿sabes lo que me contestó? Pues que como me veía perdiendo el tiempo tan lastimosamente...

MAN.—¡Tiene gracia!

PEP.—Sí. Es muy gracioso don Pascual.

MAN.—Pero ¿y ella? Porque hay que contar con ella lo primero.

PEP.—Y si yo cuento.

MAN.—¿Entonces?

PEP.—Pues ahí está lo grave, lo que yo mismo no me puedo explicar. Es que mira: no se lo que me pasa cuando voy a hablarle que todo lo digo menos lo que quiero decir. Por lo visto es que no todos servimos lo mismo para el caso.

MAN.—¡Phs!

PEP.—No te rías, no. Tu no conoces a Aurorita. Tiene cosas como para dejarle a uno helado. Aquella

serenidad que por nada se altera; aquella risita burlona... Tu no sabes.

MAN.—Bueno, bueno. Allá tú.

PEP.—No. Ahora estoy decidido. Verás como venga: de esta tarde no pasa.

MAN.—*(A Remedios)*. ¡Remedios!

REM.—¡Manolo! ¿Tu aquí?

MAN.—Te extraña. ¿Verdad?

RED.—No te esperaba. Y me extraña, sí. No creía que tuvieras valor para presentarte aquí como si nada hubiera ocurrido entre nosotros.

MAN.—Si crees que hay falta en ello pronuncia una palabra y me retiraré, pero antes quiero que me oigas.

REM.—Muy seguro estás de mí y no debieras fiar tanto.

MAN.—¡Remedios!

REM.—Has podido escribir, anunciarme tu visita y sobre todo no dar lugar con tus ínconveniencias a esta violenta situación en que nos hemos colocado ante mis padres.

MAN.—Confiaba en que Pepe te expusiera mi deseo de hablarte. Supe que venía esta tarde y a él recurrí. ¿No te dijo..?

REM.—Sí. Me ha dicho que habías vuelto de tu viaje y también que te has divertido mucho, a mas de otras muchas cosas que sabe todo el mundo.

MAN.—¡Qué!

REM.—Que eres un falso, mala persona.

MAN.—Lo que tu quieras. Pero Pepe te habrá hecho saber...

PEP.—¿Eh? ¿Hablábais de mi?

REM.—No. No hagas caso.

Pep.—Pues entonces aquí en el huerto estoy, ¿sabeis? Si me necesitais para algo no teneis mas que llamar. *(Sale por la* [redacted] derecha.)

ESCENA VI

Remedios y Manolo

Man.—Bien, Remedios. Tu dirás lo que quieras; pero yo a pesar de esos juicios que de mí formas te diré que te quiero y que todo me cansa y me aburre al correr del tiempo sin verte y sin estar a tu lado.

Rem.—Déjame a mí de monsergas. Me quieres mucho, no puedes vivir sin verme, pero la verdad es que no sabes, o mejor, no quieres sacrificar nada por mí: ni aun aquello que puede humillarme.

Man.—Lo dices porque anoche fuímos al Rebalso los amigos. Y en total, qué pasó: que hubo fiesta, que se bailó hasta muy tarde... Ya ves, bien poca cosa.

Rem.—Sí, eso anoche. ¿Y antes de anoche y los tres días pasados sin saber de tí, también te parecen poca cosa?

Man.—¡Qué sabes tu! Me fuí. No estuve contigo muy atento, es verdad. Pero te lo diré todo: me fuí ciego, loco, no por diversión como tu crees, sino por no acordarme de lo que en la ventana me dijiste, para olvidarme de tí, de tu cariño y de la hora en que:.. ¡mira que querer yo olvidarte? ¡Y presumes tu de conocerme!

Rem.—Si no te conociera...

Man.—Entonces, ¿por qué dudas de mi cariño?

Rem.—Porque obras son amores y tu no lo demuestras. No sólamente por mí, sino por los demás: sé bueno y trabaja.

MAN.—Ya trabajo; pero no me acompaña la suerte.

REM.—La suerte no se busca. Se consigue con el esfuerzo y con la voluntad.

MAN.—Voluntad la que yo te tengo.

REM.—Pues no me tengas tanta y pon alguna mas en el trabajo.

MAN.—Ya la pondré. Pero que yo sepa que tu me quieres.

REM.—Por qué no te voy a querer?

MAN.—Porque soy un mala persona. ¿No me dijistes eso?

REM.—No sé que te habré dicho. Si lo dije, prométeme que no habrás de serlo en adelante.

MAN.—Te lo prometo y lo juro ¡por estas!..

REM.—Déjate de juramentos no vayan a ser mas que palabras. Acuérdate de ellas y cúmplelas que es lo que ha de convencerme. Y márchate ya: debe ser muy tarde.

MAN.—Es muy pronto.

REM.—Márchate. Va a llegar papá.

MAN.—Me voy, si tu te empeñas en que me vaya, pero a condición de que vuelvo.

REM.—Vuelve luego. Hablaré a mamá. Pero no faltes.

MAN.—Descuida que vengo. Y convéncete para siempre de lo que tantas veces te he repetido: lo dice un cantar del pueblo que parece hecho para nuestro sentir. Lo canté anoche a compás de las guitarras y hubiera venido a cantarlo a tu puerta de haber estado seguro de que me esperabas.

"Tu querer y mi querer
tu cariñito y el mío
son como el agua del río
que atrás no puede volver".

(En este momento aparece Pepe escuchando quedito. Detrás llega Aurorita asustándole con una voz).

ESCENA VII

REMEDIOS, MANOLO, PEPE Y AURORITA. DESPUÉS DOÑA ROSARIO

AUR.—*(Entrando)*. ¡Eh..!

PEP.—¡Aurorita! Cuanto tiempo...

AUR.—¡Qué! Soportando el chubasco.

PEP.—¡Qué voy a hacerle!

REM.—¿Vienes sola?

AUR.—Viene ahí papá, pero yo me he adelantado. Y qué. ¿Os habeis arreglado ya?

PEP.—Deben haberse arreglado a juzgar por la copla que le he escuchado a él ahora mismo. Porque has de saber que están muy poéticos los dós. Tu no la habrás oído.

AUR.—Ni creo que mi hermana. Para coplas estaba ayer. Creo que si no viene esta tarde terminan para siempre.

PEP.—Tu no sabes de estas cosas porque no has tenido novio nunca.

AUR.—Ni falta que me hace. ¿Y tú, has tenido muchas novias?

PEP.—Novias, no. Pero sí tengo un cariño muy grande para la primera que me acepte.

AUR.—¿También tú? ¡Ay que sorpresa! Y en este tiempo. Tampoco tu sabes, por lo visto, aquel cantar que dice:

Son amores de estío
¡quién no lo sabe!
molinillos de viento
que lleva el aire.

PEP.—No, Aurorita. El amor mío no es así.

AUR.—Pues, ¿cómo es el tuyo?

PEP.—¿Como? ¿Quieres saberlo? Yo te lo diré. Es... como ese... como el agua del río.

AUR.—*(Inocente pero adivinando)*. ¡Como el agua del río...! ja... ja... ja.

(D.ª Rosario aparece en la puerta del foro como escudriñando. Aurorita al verla, va corriendo hacia ella, mientras Pepe se desespera. Manolo y Remedios se ensimisman mirándose).

TELÓN

PRECIO: 1 PTA.